

Entre Aristóteles y Maquiavelo: la política en México en el largo periodo presidencial de Martín Luis Guzmán

Carlos Ramírez



Para José Fernández Santillán

En uno de sus tantos textos admirativos sobre Aristóteles, el filósofo Julián Marías escribió una frase de ésas que guardan permanencia: “Aristóteles, en la hora vespertina de la *polis*, está a la vuelta de todos los reformismos”.

¿Por qué el griego, o macedonio, como suelen jugar algunos filósofos? Porque Aristóteles fue el que fundó realmente no sólo la ciencia política como tal –asumir la *polis* como una comunidad social–, sino porque dos de sus obras también fueron simientes del ejercicio de la política: *Ética* y *Política*. Revisar el ejercicio de la política a casi dos mil quinientos años del primer esfuerzo de raciocinio del gobierno de una ciudad no sale sobrando y menos cuando se hace, por fortuna para Marías, en el contexto de un proceso no

nada más de reforma política sino –ojalá– de reforma de la política.

Acudir a Aristóteles implica realizar ese viaje a la semilla. Asimismo, exige el esfuerzo de profundizar en el fondo de la política: no sólo la teoría o el pensamiento de las formas de gobierno ni la necesidad de racionalizar la organización de la sociedad, sino que tiene que ver con lo que pudiera considerarse la esencia de la política: la *diferenciación*. La clave del pensamiento de Aristóteles se localiza en su gran descubrimiento como filósofo: “el hombre es por naturaleza un *animal político*”. Por tanto, los comportamientos sociales del hombre son diferentes a los de los animales. El hombre piensa, el animal reacciona por instinto. De ahí que en las primeras páginas de *Política* haya dejado Aristóteles fijado su criterio:

El por qué sea el hombre un animal político, más aún que las abejas y todo otro animal

gregario, es evidente. La naturaleza –según hemos dicho– no hace nada en vano; ahora bien, el hombre es entre los animales el único que tiene palabra.

Los animales se unen para sobrevivir, los hombres se reúnen para convivir. Los animales estructuran niveles de poder por medio del uso de la fuerza. Los hombres razonan, casi siempre, los liderazgos. Los animales atacan para vivir. Los hombres han logrado producir. La política es, pues, el ejercicio del pensamiento y de la palabra. O, al menos, debiera serlo.

II

Si Aristóteles fue enfático en la relación de la política con la ética, Maquiavelo vino a revolucionar el ejercicio de la política al desprenderla de la calidad humana y dejarla como el ejercicio descarnado del poder. Sus consejos al príncipe de Medici fueron un catálogo de política pura. Ya no el del *animal político* aristotélico, sino lo que el propio Maquiavelo reconoció: el hombre como bestia:

Hay dos formas de combatir: una con las leyes, la otra con la fuerza; la primera es propia del hombre, la segunda de las bestias... a un príncipe le es necesario usar bien la bestia y el hombre.

Si los príncipes son los que ejercen y aplican la política, valiente consejo el de recomendarle que saquen la parte de la bestia que llevan oculta. A diferencia del Aristóteles de la ética, Maquiavelo es el científico de los fines y los medios. En su correspondencia, Maquiavelo definió con frialdad la relación:

Débase de las cosas juzgar el fin que tienen, y no los medios con los que se hacen.

Y en *El Príncipe*, Maquiavelo es más claro:

Procure, pues, el príncipe, vencer y conservar su Estado; los medios serán siempre juzgados honorables y por todos alabados, porque el vulgo se debe llevar por

las apariencias y por el resultado de las cosas.

En el fondo, el maquiavelismo tenía como fin la *preservación* del Estado y no el ejercicio del poder por el poder mismo. Los consejos del florentino iban en el sentido de fortalecer el Estado. Por eso aconsejaba parecer y no tanto ser. Por eso también daba consejos perversos como el siguiente:

Un Príncipe, y máxime un Príncipe nuevo, no puede observar todas aquellas cosas por las cuales los hombres son tenidos por buenos, estando a menudo necesitado, para conservar su Estado, de actuar contra la fe, contra la caridad, contra la humanidad, contra la religión.

Los consejos de Maquiavelo eran, pues, fríos. Decía que un Príncipe no debía apartarse del bien “mientras pueda”, pero “saber entrar al mal, de ser necesario”. El problema, sin embargo, es que la política no debía ser el instrumento del poder, sino el camino del poderoso para ejercer el bien sin tener que llegar al mal. Ahí radicaba la virtud aristotélica de la política: la política como servicio a la *Polis*.

III

¿Han leído los gobernantes mexicanos a Maquiavelo? Juárez sí. Calles no pero fue todo un Maquiavelo. Obregón no. Echeverría leyó el opúsculo *Diálogo en el infierno entre Maquiavelo y Montesquieu*. Los políticos priístas leyeron y subrayaron a Maquiavelo. Inclusive, el escritor Carlos Fuentes publicó su novela *La Silla del Águila*, una lectura maquiavélica del sistema político priísta.

Si los priístas no leyeron a Maquiavelo, hubo alguien que logró la relación: Martín Luis Guzmán publicó en 1927 su novela *La sombra del Caudillo*, cuya referencia inmediata lleva a *El Príncipe*, de Maquiavelo. Guzmán sería el precursor de *El Padrino*, de Mario Puzo, la práctica política y de poder en el seno de la mafia italiana en Nueva York. Guzmán logró pa-

sar la política mexicana –aún no priísta pero sin duda germinal del estilo priísta– por los filtros maquiavélicos.

Guzmán narra en forma de novela la sucesión presidencial de 1924: Álvaro Obregón apenas había tenido cuatro años para disfrutar la presidencia, la primera institucionalizada después del movimiento armado, pero enfrentaba la prohibición de una reelección. Manióbró para poner a Plutarco Elías Calles en contra del general Francisco Serrano. La lucha fue cruel y criminal: Serrano fue asesinado en Huitzilac, en la carretera a Cuernavaca. Calles llegó al Palacio Nacional y modificó la Constitución para que Obregón regresara la presidencia. Pero Obregón fue asesinado –¿por Calles?– días después de ganar las elecciones. Calles se quedó como el *hombre fuerte* de la revolución mexicana, hasta que fue echado del país en 1936 por su preferido Lázaro Cárdenas.

El suceso es resumido en pocas palabras por un hijo de Serrano: “para mí que fue una cosa *maquiavélica* de Calles”. En la novela de Guzmán hay una página –de entre muchas memorables– que narra la forma de hacer política como un ejercicio del poder: el precandidato oficial quiere obligar a un precandidato no bendecido por el Caudillo a renunciar a las aspiraciones. Pero no nada más eso, sino que como muestra de buena voluntad exige que el precandidato no oficial *entregue* a sus colaboradores. El general preferido por el Caudillo le dice a su contrincante:

–Muy bien. Por principio de cuentas quitarás a Encarnación Reyes el mando de fuerzas de Puebla y pondrás ahí al general que yo te indique... que Encarnación sepa que tú mismo acuerdas su remoción como único medio de probar que eres mi partidario y no mi contrincante.

La ira que sintió Aguirre fue enorme. Pese a ello, aún se contuvo. Sólo dijo:

–¿Y no hay nada más?

–Sí. Que el Partido Radical Progresista me proclame su candidato, y que si no lo hace

pronto me dejarás que proceda a mi modo con Olivier Fernández, con Axkaná y con los otros líderes...

Aguirre se puso en pie. La cólera le hinchaba el pecho.

–Me pides, en resumen, que te entregue a mis amigos, que te los venda a cambio de un poco de cordialidad... Pides mucho más de lo que soy capaz de hacer... dejaremos que los sucesos corran.

Los sucesos corrieron. El Caudillo apoyó a su preferido. Y el general Aguirre –Serrano en la vida real– fue asesinado en Huitzilac. Al final, la política mexicana terminó en un juego de complicidades: Obregón dejó a Calles en la presidencia y lo obligó a modificar la Constitución para permitir la reelección y abrirle a Obregón el camino de regreso a Palacio Nacional, sólo que la política fuera de control saltó por sorpresa:



Obregón ganó las elecciones en 1928 pero fue asesinado y Calles asumió la jefatura máxima del poder revolucionario durante cinco años, hasta que su preferido Lázaro Cárdenas, como presidente de la república, lo echó del país.

La política en México en los tiempos del PRI fue de poder, del poder, para el poder. Guzmán logró percibir el estilo de hacer política de los políticos, una forma especial que después sería popularizada en el periodo priísta. Guzmán

La política es el ejercicio de la polis. Es decir, de servir la ciudad. Pero la política suele confundirse con el ejercicio del poder. El poder puede ser un instrumento de la política. Pero visto en su dimensión filosófica, la política es el servicio a la polis.

habla de los madruguetes, de las traiciones, de las perversidades. Inclusive, uno de los hijos de Serrano, en una entrevista, dijo las palabras mágicas sobre el suceso de 1924 que liquidó a su padre en la lucha por el poder: Para mí que fue una cosa *maquiavélica* de Calles.

Sí, los políticos mexicanos de la primera fase del priísmo, los militares que hicieron la revolución y luego construyeron el Estado, sí leyeron a Maquiavelo. Lo demostraron en los setenta y un años de ejercicio del poder por el poder mismo.

IV

La política es el ejercicio de la *polis*. Es decir, de servir la ciudad. Pero la política suele confundirse con el ejercicio del *poder*. El poder puede ser un instrumento de la política. Pero visto en su dimensión filosófica, la política es el *servicio* a la *polis*. Los griegos y los romanos usaron la política para organizarse, aunque también para combatir. Sin embargo, su aportación fue el uso de la política para una convivencia social, para un arreglo entre los hombres, para un contrato entre los ciudadanos.

La definición de los objetivos de la política permite entender sus utilidades. Aristóteles asumía el poder y la política en ruta de la meta de la endemonia, de la felicidad, del bienestar del hombre. Pero la política se pervirtió y ahora se utiliza para ejercer el poder a favor de unos cuantos. El objetivo deja de ser el bienestar del hombre y se reenfoca hacia el ejercicio mismo del poder. Maquiavelo, en cambio, partía no del hombre sino del poder. Por tanto, la política fue asumida por el florentino como el ejercicio del poder.

Si la política debe ser la actividad al servicio de la *polis*, en México el término se ha pervertido. La

política es asumida como el uso del poder, aunque en nombre del bienestar de la sociedad, una mala mezcla de Aristóteles y Maquiavelo.

En la *Teoría general de la política* que se armó con fragmentos de ensayos, Norberto Bobbio –quizá el filósofo de la política más importante de la segunda mitad del siglo XX– establece diferenciaciones. A partir de una lectura política de Aristóteles, establece que la política refiere a la ciudad pero con referencias a otras áreas: ciudadano, civil, público, las tres actividades que relacionan al hombre con su ciudad.

Para Bobbio, el poder es el medio que utiliza la política para sus fines. Por tanto, desglosa a Maquiavelo en sus dos términos de fines y medios o de medios y fines. Hay una política para cada cosa. La política de los medios y la política de los fines. La primera es Aristóteles y Maquiavelo prodiga la segunda. La política comenzó por el camino aristotélico: los griegos pusieron orden en la ciudad-Estado y para ello crearon instituciones pero sobre todo reglas: el objetivo era el bienestar de los ciudadanos.

Pero la política se desvió con Maquiavelo: el uso de la política para conservar el poder, aunque haya existido de por medio la justificación de un Estado para los ciudadanos. El Príncipe derivaba en déspota. Por eso en su *Historia de la teoría política* George H. Sabine incluye un verso de Eurípides que resume, en todo su esplendor, la relación perversa entre política y poder o, diríamos ahora, Aristóteles y Maquiavelo:

No tiene la *polis* peor enemigo que el déspota, bajo quien, en primer lugar, no puede haber leyes comunes, sino que uno gobierna teniendo en sus manos la ley.

En pocas palabras, se resume el concepto de política que nace con la *polis*, no con el poder. Por eso en esta hora de los reformismos es necesario regresar a Aristóteles, no a Maquiavelo. La democracia sucumbe ante la ambición del déspota. Y ahí está el largo reinado priísta de setenta y un años para probarlo. **B**